

¿Qué arqueología para mañana?

Which archaeology for tomorrow?

Jesús ÁLVAREZ-SANCHÍS

Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. Profesor Aranguren s/n, E-28040 Madrid
jralvare@ghis.ucm.es

La reflexión teórica sobre la enseñanza y el aprendizaje de la arqueología en la universidad es muy reciente en la disciplina, apenas poco más de dos lustros, y su desarrollo ha sido desigual según los países y las tradiciones arqueológicas. Ruiz Zapatero ha elaborado un texto con ideas centrales muy claras y bien argumentadas, que sostienen sólidamente la necesidad de un Grado de Arqueología en España. Establece las bases de un nuevo currículo, disecciona los principios básicos de su estructura y desbroza, al mismo tiempo, las tareas pendientes que afectan a la enseñanza de la arqueología en la universidad. Para esta labor, hay que ser un gran conocedor de la tradición arqueológica mundial, de nuestra propia trayectoria académica y dominar al mismo tiempo el importante caudal bibliográfico que se ha ido generado en los últimos diez años. La propuesta debe acogerse con entusiasmo y agradecimiento.

El reto de conseguir una titulación propia merece todos los esfuerzos posibles, y foros de reflexión entre los propios especialistas, como el recientemente coordinado por Jimeno y Ruiz Zapatero (VV.AA. 2005), hacen mucha falta. La complejidad de la disciplina, su demanda social, la necesidad de contar con titulados que permitan cumplir la legislación vigente, la urgencia de converger con Europa y la existencia de un profesorado numeroso y cualificado, son argumentos más que suficientes para defender la creación de un Grado de Arqueología y poder contar así con un título específico (Querol 2005). De no ser así, la enseñanza se degradará, la divergencia con Europa será más que una

realidad y no se conseguirá disponer de los especialistas necesarios para investigar, conservar y divulgar el rico patrimonio arqueológico español, uno de los más importantes del mundo. No es mi intención hacer un comentario particular a cada uno de los apartados que componen este ensayo en torno a la enseñanza y el aprendizaje de la Arqueología en la España del siglo XXI, sino más bien, añadir un comentario general y unas breves reflexiones que han ido surgiendo al hilo de su lectura. Los decretos de Grado y Posgrado que fueron aprobados por el Ministerio de Educación y Ciencia en enero de 2005, aluden concretamente a la necesidad de dotar a la enseñanza universitaria en el Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) de una triple función: docencia, investigación y capacitación profesional. Articularé mi texto en torno a dichas cuestiones.

En los próximos años tenemos retos muy importantes, y uno de ellos será captar estudiantes. El futuro que espera a las universidades será cada vez más competitivo y las encuestas sobre la calidad de las universidades será algo habitual, el número de estudiantes será determinante desde el punto de vista administrativo, y aumentando su número también aumentarán las posibilidades de buenos estudiantes. Pero, antes que nada, deberíamos tener muy claro lo que se precisa para un Grado de Arqueología: estudiantes motivados y con ganas de aprender, con una relativa idea de lo que quieren estudiar, con tiempo suficiente para dedicarse a ello y buenos profesores que los guíen con eficacia.

Con el modelo de crédito europeo, el ECTS (*European Credit Transfer System*), la contabilidad

del trabajo no se basa, como ha sido tradicionalmente, en las horas de clase, sino en las horas de trabajo efectivo desarrollado por el alumno. Cada crédito en que se matricula un estudiante equivale a entre 25 y 30 horas de trabajo, del cual no sólo forman parte las horas de clase, sino también las dedicadas a lecturas, investigación, asistencia a cursos y seminarios especializados y un largo etcétera. Es decir, no se trata tanto de que el profesor enseñe como de que el estudiante aprenda, lo que implica una nueva perspectiva. Éste debe desarrollar la capacidad de manejar información original, buscarla y evaluarla desde distintos medios. Ahora ya es posible valorar en la dedicación de los estudiantes cosas tales como la asistencia a congresos, seminarios y jornadas especializadas, debidamente certificadas. Por tanto, junto a la lección magistral habrá que hacer uso de multitud de técnicas didácticas (prensa, internet, bibliotecas, talleres, conferencias). Nos enfrentamos al reto de que las fuentes de información se han diversificado enormemente y los docentes que enseñan arqueología no tienen el monopolio del conocimiento. Nuestro futuro es una enseñanza abierta al entorno, a la investigación y a la reflexión, una enseñanza que rompa el monopolio del saber que ejerce el profesor en el aula convencional (Feito 2006: 63-64).

El primer problema al que nos enfrentamos es que el alumno que hoy empieza el Grado de Historia (potencial solicitante del de Arqueología) viene con un bagaje muy pobre que no se ajusta a las exigencias de la enseñanza universitaria. La enseñanza no universitaria ha sido un área absolutamente ignorada por los centros de investigación arqueológica (Ruiz Zapatero 1995). La Prehistoria y la Arqueología ocupan un espacio muy pequeño en los textos escolares y en los proyectos curriculares de la Enseñanza Primaria y Secundaria, hasta el punto de que se ha llegado a afirmar que es el pasado excluido, virtualmente excluido, de los currícula de todo el mundo (Stone y Mackenzie 1990). Tampoco los contenidos que se exponen muestran renovaciones sustanciales con las materias que se impartían hace dos o tres décadas, y eso a pesar de que las aproximaciones desde el campo de la arqueología prehistórica a las enseñanzas medias empiezan a ser frecuentes. Además, una parte muy considerable de los profesores de Historia en los Institutos no son especialistas en Prehistoria, lo que sin duda contribuye a ofrecer en las clases y en los libros de texto el pasado más remoto como un

preámbulo de la Historia sin demasiada importancia.

La desconexión que se aprecia entre los planteamientos de las Enseñanzas Medias y su enlace con la Universidad - por más que el diseño curricular básico de la E.S.O. haya hecho hincapié en alguno de estos aspectos - y la práctica ausencia de estudios sobre Prehistoria y Arqueología en los textos escolares, explica la abrumadora ignorancia que sobre estos temas tiene el alumno recién arribado a la Universidad. La Prehistoria es asignatura obligatoria de primer año en un Grado de Historia. El problema es que tras ese año con una introducción general a la Prehistoria muchos alumnos, que podrían ser potenciales solicitantes de un Grado de Arqueología, se desaniman por la concepción arqueográfica y memorística de yacimientos y fechas que todavía transmiten algunos profesores. Creo que es preciso reflexionar sobre esta cuestión, al menos por dos razones. La primera es institucional y deriva de los cambios en la política educativa universitaria, consecuencia del acceso al Espacio Europeo de Educación Superior (EEES). La segunda se debe a las mismas razones que aconsejan la reflexión en el resto del sistema educativo, que no es otra que afrontar los cambios que supone el acceso a la sociedad del conocimiento.

La realidad es que cada vez más se van a necesitar buenos profesores de Arqueología, y que existen maneras de reconocer a los mejores. Los profesores extraordinarios conocen su materia extremadamente bien y todos son, como dice Ken Bain (2006) en un estupendo libro de reciente aparición: “consumados eruditos, artistas o científicos en activo. Algunos poseen una impresionante lista de publicaciones de las que más aprecian los académicos. Otros presentan registros más modestos o, en algunos casos, prácticamente ninguno en absoluto. Pero ya sea con muchas publicaciones o no, los profesores extraordinarios están al día de los desarrollos intelectuales, científicos o artísticos de importancia en sus campos, razonan de forma valiosa y original en sus asignaturas, estudian con cuidado y en abundancia lo que otras personas hacen en sus disciplinas, leen a menudo muchas cosas de otros campos (en ocasiones muy distantes del suyo propio) y poseen mucho interés en los asuntos generales de sus disciplinas: las historias, controversias y discusiones epistemológicas. En resumen, pueden conseguir intelectualmente, física o emocionalmente lo que ellos esperan de sus estudiantes”.

Por tanto, no se trata sólo de tener buenos docentes, sino que éstos inciten a los estudiantes, que les hagan pensar y reflexionar. Hay que acabar con el sentido patrimonial de los que olvidan que son servidores públicos (Michavila 2009). La enseñanza debe ser creativa y crítica, y una manera de aprender es impugnar, poner en duda las ideas preconcebidas (Berzosa 2006).

Pocas cosas tienen tanta trascendencia para nuestras expectativas de vida como la selección del profesorado universitario (Delibes de Castro *et al.* 2006). Para garantizar el desarrollo de un país, la universidad debe seleccionar a los mejores profesores en base a criterios de excelencia docente e investigadora. La actividad investigadora, y con ella la producción científica publicada, no está contemplada ni de lejos en los baremos que se emplean para calcular la subvención económica que reciben las universidades. Ni siquiera se ha tenido en cuenta en el diseño actual de las plantillas docentes de algunas universidades, como la Complutense de Madrid. Una consecuencia directa de toda esta situación es que ni los Departamentos más fructíferos ni los mejores profesores de Prehistoria o Arqueología se benefician de la investigación que realizan. Dicho de otra forma, las universidades y sus instituciones son autónomas para gastar, no para recaudar; y sólo podrán serlo, entre otras cosas, si compiten por los fondos en el mercado, por atraer a los mejores estudiantes y profesores, y por fijar libremente las correspondientes tasas de matrícula.

La publicación de buenos manuales y textos elementales para la enseñanza de la arqueología es otra de nuestras asignaturas pendientes, y desde luego no sólo de las editoriales. La mayor responsabilidad recae sobre nosotros mismos. La diseminación del conocimiento arqueológico en España ha sufrido importantes cambios. Es verdad que han aumentado los manuales y obras de síntesis que cumplen tres funciones elementales: la presentación de estados de la cuestión, la divulgación de nuevas ideas y la mejora de la formación de los estudiantes universitarios. Pero, al mismo tiempo, necesitamos síntesis accesibles y legibles que atraigan a los principiantes, a los alumnos que empiezan el Grado de Arqueología y también a los profanos, sin pérdida de contenido o exactitud, eso que se ha dado en lla-

mar *haute vulgarisation* o popularización bien informada (Bahn 1996).

De la misma manera, la oferta en educación del Grado de Arqueología deberá buscar nuevas fórmulas para atender una cuestión importante: cubrir las necesidades y abrirse al resto de la sociedad, que en cierto modo parece haber iniciado una nueva revolución, la “revolución del placer” o “revolución del ocio” (Ruiz Zapatero 1998), dentro de la cual la Arqueología ofrece un extraordinario atractivo. El aumento de las expectativas de vida y los procesos de reconversión en el ámbito laboral han dado lugar, a finales del siglo XX, a la emergencia de un creciente sector de la población formado por personas que disponen libremente de todo su tiempo y demandan una formación universitaria adecuada y adaptada a sus necesidades. Hace tres décadas, la media de edad de los alumnos que cursaban estudios universitarios era ostensiblemente más joven que la actual. El nacimiento de una nueva modalidad educativa, la denominada formación universitaria de las personas mayores, no se puede soslayar, máxime en disciplinas como la Historia, la Literatura, el Arte o la Arqueología. Este amplio colectivo de “mayores”, paradójicamente cada vez más jóvenes y más preparados, ha supuesto una sustancial mejora en el acceso democrático a la formación y la cultura. Esta tendencia es absolutamente imparable. La enseñanza y el disfrute del público de la arqueología son cruciales para la supervivencia de la disciplina, y una parte importante del futuro de las universidades públicas y de especialidades como la nuestra deberá encaminarse en esa dirección.

Como ya puso de manifiesto Fernández-Posse (1998: 276), la cultura y el ocio forman parte indisoluble de la arqueología del mañana y la formación de nuevos especialistas es algo con lo que ya debe contar la docencia y la investigación arqueológica. En el siglo XXI la enseñanza y el aprendizaje de la arqueología implicará la movilización de importantes recursos sociales y económicos y no podrá reducirse sólo a la investigación básica. La interpretación y la presentación del pasado son inseparables de su base social y la arqueología no es diferente de otras disciplinas en el sentido de que tiene responsabilidades.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BAHN, P. (1996): *Archaeology: very short introduction*. OUP, Oxford.
- BAIN, K. (2006): *Lo que hacen los mejores profesores universitarios*. Publicaciones de la Universitat de Valencia, Valencia.
- BERZOSA, C. (2006): Elogio de la docencia universitaria. Diario *El País*, 08/05/06, Edición de Madrid: 47.
- DELIBES DE CASTRO, M. ET AL. (2006): Uno de los nuestros... Diario *El País*, 30/10/06, Edición de Madrid: 45.
- FEITO, R. (2006): Docencia Universitaria. *Claves de Razón Práctica*, 165: 65.
- FERNÁNDEZ-POSSE, M^a.D. (1998): *La investigación protohistórica en la Meseta y Galicia*. Síntesis, Madrid.
- MICHAVILA, F. (2009): ¿Qué hacemos con los malos profesores? Diario *El País*, 09/11/09, Edición de Madrid: 27.
- QUEROL, M^a.A. (2005): La génesis del título universitario de arqueología: desde mi ángulo. *Complutum*, 16: 213-219.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1995): El Pasado excluido. La enseñanza de la historia antes de la aparición de la escritura. *Historia Antigua en la Enseñanza*, IBER, 6: 19-29.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1998b): Fragmentos del pasado: la presentación de sitios arqueológicos y la función social de la Arqueología. *II Seminari Arqueologia i Ensenyament* (P. González Marcén, ed.), Universitat Autònoma de Barcelona: 7-34.
- STONE, P.; MACKENZIE, R. (1990): *The Excluded Past: Archaeology in Education*. Unwin Hyman, Londres.
- VV.AA. (2005): Dossier "Enseñar Arqueología en el siglo XXI". *Complutum*, 16: 211-269.